

# El comentario de Diego Gracia

## El comentario de Diego Gracia



### Un poco de lógica

Hay que volver siempre al señor Jourdain, aquel que, según cuenta Molière en el *Bourgeois gentilhomme*, llevaba más de cuarenta años hablando en prosa sin saberlo. Sería bueno, cuando se habla en prosa, saber que se habla en prosa. De ese modo se evitarían, al menos, muchos malos prosistas, y quizá también bastantes versos de no mejores poetas. Hacer las cosas bien exige, antes que nada, saber qué se está haciendo.

Mi opinión es que la mayor parte de las veces no cumplimos con esa elemental regla. No sólo hablamos de lo que no sabemos, sino que además no sabemos de lo que hablamos. Son cosas distintas, a cual más peligrosa. La primera es una cuestión de contenidos, por falta de dominio de los temas de los que va el asunto. Es grave, pero no en exceso. Lo peor es lo segundo, que no dice relación al contenido sino a la formalidad. Es que no sabemos hablar, no dominamos las reglas que son imprescindibles para hablar o argumentar correctamente sobre algo.

De esto segundo se ocupa una disciplina cada vez más preterida, la lógica. El razonar, el argumentar, exige el respeto de ciertas reglas. Cuando no se hace así, inmediatamente aparecen esos diablillos lógicos conocidos con el nombre de “falacias”. Las falacias son defectos en la argumentación; pero no defectos de contenido sino de forma. Es que no se respetan las reglas formales inherentes a la argumentación racional. Para la lógica, carece de toda importancia el hecho de que quien argumenta conozca o no que está argumentando de modo falaz. Ese será un problema de ética, pero no de lógica. La mayor parte de las veces, cometemos falacias sin darnos cuenta de ello. No es un problema de perversión sino de algo más simple, también más general, de poca o mala educación. Algo que, habida cuenta del camino que lleva la filosofía en la enseñanza media y el bachillerato, amenaza con hacerse epidémico, si no lo es ya.

¿Por qué cometemos los seres humanos tantas falacias? ¿Por qué engañamos y nos engañamos tanto? La ignorancia es uno de los factores, pero no el único. Hay otro tan importante o más que ese. Se trata de que, cuando andamos escasos de razón, inmediatamente vienen los sentimientos en nuestra ayuda. Se supone que argumentamos ante alguien; mejor, frente a alguien. Eso que el lógico llama argumentar, en la vida cotidiana se denomina discutir. En el idioma inglés hay dos verbos con significados muy preciso: *argue*, discutir, y *discuss*, argumentar. Nosotros hemos decidido mezclarlos, identificando argumentar con discutir. Un grave error. Porque cualquiera entiende que se discute no sólo con argumentos, sino también con emociones. Por eso chillamos, por eso gesticulamos, por eso nos enfadamos. Lo que no da de sí la pura lógica del argumento, intentamos suplirlo por vías menos “ortodoxas”. El resultado son las falacias, los sofismas.

De todos ellos hay uno que me viene a la mente cuando enciendo la televisión –algo que en mí va convirtiéndose en hábito cada vez más esporádico– y veo los debates de nuestros representantes políticos en el parlamento. Caen continuamente en una falacia de las más feas, de esas que al estudiar lógica se nos insiste que no deben utilizarse nunca, por ninguna razón, ni con nuestro mayor enemigo. Se trata de la falacia conocida con el nombre de “argumento *ad hominem*”. Se está hablando de un tema, el que sea, y para rebatir al opositor, generalmente a causa de la debilidad de nuestros argumentos, dejamos de dar razones sobre el tema y pasamos a insultar al contrincante, buscando ganar la contienda por descalificación del opositor. Esto suele tener un efecto escénico radical, definitivo. Viniendo de quién viene, ¿qué valor podrán tener los argumentos que aduzca?

En mis años de bachillerato hube de estudiar algo que no estoy del todo seguro que hoy se haga, historia de España. Y entre sus monarcas había uno al que llamábamos Enrique IV “el impotente”. Mi mente virginal no pudo hacer otra cosa que interpretar tal epíteto en el sentido de persona carente de poder y débil de carácter. Sólo muchos años después, leyendo el espléndido libro de don Gregorio Marañón, *Ensayo biológico sobre Enrique IV de Castilla y su tiempo*, entendí que la impotencia era sexual, y lo que es más importante aquí y ahora, que se trataba de una infamia lanzada por sus adversarios políticos, porque, como es bien sabido, andaba en juego nada menos que la sucesión al trono y el destino de la monarquía española. De hecho, según creo que testimoniaron unas prostitutas de Segovia, de impotente no tenía nada. Era un puro bulo político. Y recuerdo el agudo comentario de Marañón a este respecto: siempre que hay poder de por medio (¿y cuándo no lo hay?), inmediatamente surgen dos versiones, según que los documentos vengan de uno de los bandos que se lo disputan, o del otro. El historiador se encuentra ante el dilema de optar entre los dos. Pero tampoco compadezcamos al pobre historiador, porque es cosa sabida que la historia siempre opta, y lo hace sin dudarle, por la versión que resulta ganadora. De ahí el dicho de que la historia la escriben los vencedores.

Según parece, pues, lo de la impotencia de Enrique IV era un puro argumento *ad hominem*. Es algo que se ha repetido continuamente a lo largo de la historia política. Y que parece casi consustancial a su retórica. En nuestro parlamento se echa mano de esa falacia continuamente. La usan todos con el mayor de los descaros. Más que hablar de políticas hablan de políticos. “Pues usted es tal y tal”. Y el otro responde: “Y usted más”. Uno querría ver otro tipo de argumentos. Los ponemos ahí para que gestionen la cosa pública, el bien común, no para que hagan el payaso como si aquello fuera un circo.

Pero no quiero que parezca que esto es sólo defecto de políticos. Nada de eso. Hay un ejemplo que pone los pelos de punta. Es el de Martín Lutero, el padre del movimiento protestante, nacido ahora hace quinientos años. Nadie ha negado nunca a Lutero su enorme potencia teológica, y una no menor buena, buenísima voluntad. Basta con leer las famosas 95 tesis para convencerse de que estaba cargado de motivos, hartado de razones para hacer lo que hizo. ¿Cuál fue la reacción de la Iglesia católica? Para ella Lutero era una amenaza intolerable que era necesario neutralizar a toda costa. En teología resultaba un hueso duro de roer, un *tough cookie*, como dicen los angloparlantes. Resultaba más sencillo y muy del gusto de las gentes sencillas presentar a Lutero como un vicioso que debía su actitud al desarreglo de su vida y costumbres. Y dicho y hecho. Recién fallecido Lutero, en 1549, el canónigo de la catedral de Breslau, y antes de la de Mainz, Johannes Cochlaeus, publicó en Mainz un libro titulado *Commentaria de actis et scriptis Martini Lutheri Saxonis*, en el que denigraba su pensamiento y su obra con todo tipo de calumnias y argumentos *ad hominem*. Basándose en una leyenda popular católica que hacía de Lutero hijo del diablo, afirmaba que ya los frailes agustinos habían advertido en él conductas extrañas que debían atribuirse al trato íntimo con el demonio; añadía que la polémica de las indulgencias era un simple problema de rivalidad entre dos órdenes religiosos, la dominicana, a la que pertenecía su contrincante Tetzels, y la agustina de Lutero; pintaba un cuadro moral de Lutero execrable (dominado por el orgullo, la soberbia y la ambición, hipócrita e iracundo, blasfemo e insolente, astuto, mentiroso y calumniador), etc. En suma, la explicación de la crisis y rebeldía del fraile Lutero le resultaba muy sencilla; se debía a la envidia, a la vanidad, a la soberbia, a la desobediencia, al desprecio de la autoridad, a su carácter desenfrenado. De este fondo pasional brotó el que se sublevó y para justificar doctrinalmente su rebeldía, Lutero violentó el significado de algunos textos del apóstol Pablo.

Por sorprendente que pueda parecer, la interpretación dada por Cochlaeus ha permanecido vigente en la historiografía y en la teología católicas hasta comienzos del siglo XX, cuando Denifle publicó su *Luther und Luthertum in der ersten Entwicklung, quellenmässig dargestellt* (1903). Denifle, fraile dominico, hizo ver las conexiones entre el pensamiento de Lutero y la escolástica medieval, en especial la nominalista, pero continuó atribuyendo la actitud reformadora de Lutero a la perversión moral de sus costumbres y a su carácter depravado. Otros, como Hartmann Grisar, intentando buscar una salida algo más digna, apelaron a la psicopatología e hicieron de Lutero un neurótico o un psicópata. Ha sido

preciso esperar nada menos que hasta 1939 para que las cosas cambiasen, por obra de Joseph Lortz. La reforma luterana fue motivada por la gran depravación que se había producido dentro del mundo católico, en especial en su jerarquía. Luchando contra eso, Lutero creyó necesario situarse fuera de la Iglesia romana. Lortz explica con detalle cómo lo que Lutero rechazaba no era el núcleo de la doctrina católica, razón por la cual su disidencia fue más aparente que real, afectando más a la superficie que al fondo. Como consecuencia de ello, Lortz acuñó la expresión “Lutero católico”. Lo que él combatía, dice Lortz, era un catolicismo que no era católico, y de ese modo ayudó a descubrir lo que constituye la verdadera esencia de la religiosidad cristiana. Por lo demás, Lutero fue durante toda su vida una persona de profunda religiosidad y piedad.

Como podrá advertirse, los efectos devastadores de los argumentos *ad hominem* pueden durar siglos. Hoy los combates religiosos parecen haber perdido mordiente, pero no así los políticos, que si se mide por el tiempo que ocupan en los telediarios, son en la actualidad la nueva religión. Constituyen el más fecundo semillero de argumentos *ad hominem*. ¿Y por qué harán esto los políticos? ¿Es que no son conscientes de lo que hacen? Yo pienso que sí. Y que si lo hacen es porque de ello sacan pingües beneficios. Lo hacen cara a la galería, *coram populo*, decían los clásicos, de cara a la galería, léase a la televisión. Las peleas barriobajeras gustan a mucha gente, atraen a las masas, las enardecen, las encienden. Y eso da votos. En vez de utilizar su función de personas públicas que representan a la sociedad en beneficio de los ciudadanos, dado que ésta se mira en ellos como en un espejo; en vez de educar a la ciudadanía, que es una de sus obligaciones, remueven sus impulsos más básicos, buscando sacar rendimiento personal o grupal de ello. Con lo que caen en otra falacia, esta descrita por Francis Bacon en su *Novum Organum* (el nuevo tratado de lógica, frente al *Organon* aristotélico) y que bautizó con el nombre de *idola theatri*, los ídolos (las falacias) debidos a las escenificaciones públicas que tienen por objeto captar la voluntad de los espectadores a través de la manipulación de sus emociones.

Está visto que no aprendemos. Nos encontramos en el mismo punto en que se hallaba Sócrates. O quizá algo peor. Él educaba en la argumentación a los jóvenes de Atenas. Y no todos, pero sí algunos de ellos, utilizaban luego esos argumentos para, mediante falacias, conseguir sus objetivos particulares. Eran los sofistas. Muchos de estos, ya en tiempo de Sócrates, se hacían políticos. Ponían la argumentación al servicio del poder y los intereses personales. Igual que hoy. Sólo nos diferencia una cosa. Los sofistas habían estudiado lógica y sabían lo que hacían. Hoy nuestra situación sospecho que es peor, porque dicen lo mismo, pero mucho me temo que sin saber lo que hacen. No sólo no saben, sino que no saben que no saben. ¡Qué lejos parece esto del “político responsable” de que hablaba Max Weber! Para él la responsabilidad política sólo podía darse en quien viviera “para la política”, no “de la política”, ni por tanto buscara a toda costa, sin reparar mucho en los medios, la “conquista del poder”. ¿De qué va la política, de la conquista del poder o de la gestión de los bienes comunes?

**Diego Gracia**

Catedrático Emérito de Historia de la Medicina  
Universidad Complutense de Madrid